

A propósito de Miguel Covarrubias*

José Guadalupe Benítez Muro

Dedicado a Adriana Williams

En el año de 1903, Romain Roland escribió en el prólogo a sus *Vidas Ejemplares*:

...un denso ambiente nos envuelve. La sociedad se adormece en una atmósfera cargada y viciosa, un materialismo sin grandeza pesa sobre el pensamiento, el mundo muere de asfixia en su egoísmo prudente y vil y al morir nos ahoga. Abramos las ventanas para que entre el aire puro; respiremos el aliento de los héroes.

El 22 de noviembre del siguiente año nació José Miguel Francisco Covarrubias Duclaud, quien con su obra habría de clarificar el aire de nuestro siglo, tan a menudo oscuro y opresivo.

Miguel, el *chamaco* Covarrubias. La sola mención de su nombre nos hace evocar una edad de maravillas, un tiempo de creación como ninguno; los años veinte, la “era del jazz”, el momento de Josephine Baker enloqueciendo a Europa, la aparición de Langston Huges y el

Harlem en su “renacimiento”, junto a ese otro “renacimiento”, el mexicano, el de Rivera, Orozco, Siqueiros, Chávez, Revueltas y tantos otros, la época de los viajes de aventura, de redescubrimiento del Oriente, de África, de los Mares del Sur, de México, de su arte y sus pueblos. Esa época de la batalla por el arte moderno, la de Varesse o la de Brancusi, la de O’neill y la de Stieglitz, la de Carpentier, la de Gide, la de Van Vechten, la de O’keafe, la de Bow-



les y también la de Stravinsky, y en el centro, siempre atento y perceptivo, Miguel anotando y descubriendo.

Es imposible referirse a Covarrubias, miembro de una generación de nuevos jóvenes, sin dejar de mencionar que supo que las palabras podían reinventarse para crear nuevos mundos y nombrar nuevas realidades, en términos comunes y corrientes. Decir, por ejemplo, que nació a principios de

este siglo en la ciudad de México, hijo de una familia de hombres de acción, historiadores, ingenieros y poetas; y agregar que alrededor de los 52 años se encontró afamado, ilustrador, escenógrafo, pintor, cartógrafo, escritor, antropólogo, museógrafo, arqueólogo, promotor de la danza, documentalista y, en fin, descubridor de nuevos mundos; títulos que le otorgaban celebridad y pleno reconocimiento.

No es posible, tampoco, hablar de él, como del hombre que no ha tenido historia, sino que desde la infancia siempre tuvo biografía. Nada más injusto ni más alejado de la verdad, pensarlo o imaginarlo de esta manera sencillamente equivaldría a no decir nada.

Para acercársele hace falta ser un poco menos analista y un poco más poeta, sería mejor realizar cualquier crónica de su vida con recurrir a la forma tradicional en que se narran las aventuras de los héroes.

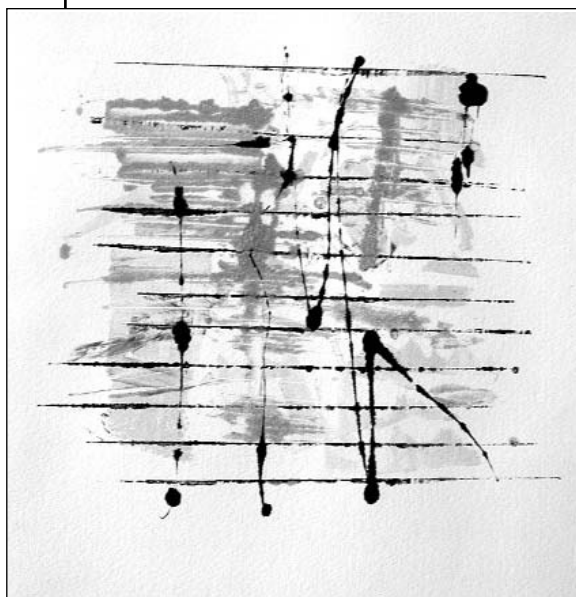
“Había una vez” un *chamaco* que habitaba un mundo poblado de prodigios y de asombros, su irresistible curiosidad por conocerlos, apenas cumplidos los 18 años y cargando su lápiz y papel, lo transportó hacia el norte, con ánimo de conquistar la ciudad que por entonces aspiraba a convertirse en cabeza de un mundo que cambiaba en forma acelerada...

...lo más sorprendente de esta historia es que apenas transcurridos unos años logró realizar a plenitud el sueño que motivó su viaje.

* Ensayo preparado con motivo del centenario de su nacimiento, celebrado el 22 de noviembre de 2004.

Covarrubias fue un hombre afortunado, que nació en una ciudad fundada siglos atrás, heredó el conocimiento, la tradición y el refinamiento de culturas milenarias. Tomó la herencia sin meditarlo demasiado y se apropió naturalmente del gusto por las flores y los cantos, de la cadencia con la que caminan las muchachas por la calle contoneando las caderas, tarareando una canción y sonriendo mientras llevan en la cabeza con donaire un cántaro con el agua pura de las fuentes mexicanas, o la fascinación por los colores rebosantes de Sol con el que juegan los artesanos cuando hacen un tejido o contienen la tierra para modelar un jarro, con tal pericia que provoca que el corazón salte de alegría al ver tanta perfección y a los que Miguel podía estar contemplando todo el día.

Cuando llegó a Nueva York en 1923, súbitamente transplantado de una sociedad semifeudal mezclada con sobrevivencias culturales antiquísimas, este mexicano no se arredra, y deambuló a sus anchas por Manhattan. Con el apoyo de José Juan Tablada y gracias a la destreza en el dibujo y a su mirada fresca y clara, con la que divertido captó en los trazos de sus caricaturas el mundo de las celebridades ironizándolas en el retrato de sus arrebatos más absurdos, con un estilo preciso y novedoso que le permitió que sus trabajos se publicaran en las revistas de más prestigio: *Vanity Fair*, *Fortune*, *New Yorker*...



La década de los años veinte fue esencialmente el jazz, la música frenética, bárbara, llena de esos acentos salvajes que ya Walt Withman esperaba, y a pesar de que algunos artistas rezagados la consideraban el reflejo del caos, otros muchos como Sinclair Lewis, John Dos Passos, H. L. Mencken, E.E. Cummings y Stravinsky hacían el elogio de esa “música de negros”, de la que T.S. Elliot por entonces escribió:

O O O O that Shakespherian Rag—
It’s so elegant
So intelligent

En esos años Nueva York también es Harlem; Covarrubias acudió a este sitio entusiasmado y descubrió la belleza que ofrecía la sensualidad y el encanto natural de los pobladores de este barrio marginado; ahí se incorporó al “Renacimiento de Harlem” que Langston Huges encabezó; el *chamaco* se identificó y, solidario, dibujó y pintó la vida y los modelos de esa cultura que, como la de la cual pro-

viene, se encuentra soterrada. Entre ellos, Miguel produjo algunos de sus primeros trabajos importantes; la maravilla de los *Negro Drawings*, la *Rapsodia en Azul*, y por si fuera poco hay que agregar el diseño del vestuario y decorados de la *Revue Negre* de Josephine Baker, el clamoroso triunfo y el escándalo del taparrabos de los plátanos tropicales.

Diego Rivera resumió mejor que nadie las dádivas que el *chamaco* Covarrubias regaló a la ciudad orgullosa y alta:

Ofreció a Nueva York sus imágenes de México Después descubrió para el arte la maravilla de los habitantes negros de la isla de Manhattan, este fue su segundo don de belleza familiar y remota que hizo a Nueva York.

Finalmente, dio Nueva York a Nueva York en esos dibujos acuciosos de un buen humor implacable que felizmente para la seguridad personal de Miguel Covarrubias la gente ha llamado caricaturas.

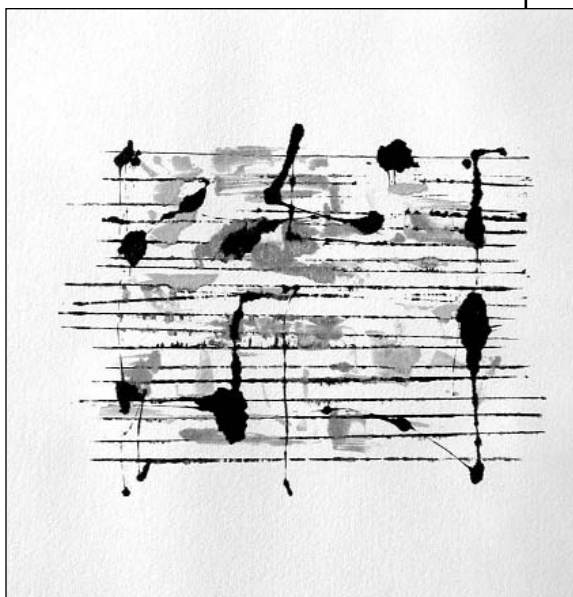
Sin embargo celebridad y fama no envanecieron a Miguel. Alucinado por lecturas y conversaciones con amigos que le hablaron de la fantástica Bali, la “isla de los artistas”, decidió junto con Rosa Rolando, compañera de aventuras, ir en viaje de bodas al Pacífico.

Para Rosa y Miguel 1930 será un año repleto de éxitos y gozos. Rumbo a Bali, Miguel aprendió a bordo del *Cingalese Prince* el idioma de los habitantes de la isla, quienes adoptaron de inmediato a

la pareja como si fuera de los suyos. Covarrubias vivió entre los balineses y compartió casa y comida y aprendió un sinfín de cosas. Entre ellas la claridad acerca de lo que constituye la función del arte y los artistas:

En Bali [escribió Miguel] parecería que todo el mundo es artista. Príncipes y peones, campesinos y sacerdotes, hombres y mujeres por igual saben bailar, tocar instrumentos musicales, pintar o esculpir en madera y piedra. Siempre constituye una sorpresa descubrir que un pueblo pobre alberga un sofisticado templo, una orquesta magnífica o un grupo de actores renombrado. Pero el artista en Bali es esencialmente un artesano a la vez que un aficionado, ocasional y anónimo, que aplica su talento sabiendo que nadie se tomará la molestia de registrar su nombre para la posteridad. Su único objetivo es servir a la comunidad, asegurándose continuamente que su trabajo esté bien hecho y sea de utilidad.

En esa isla y durante su segundo viaje en 1933-1934, Miguel reconfirmó amistades que habrían de serlo para siempre, y llegó a ser conocido como “el balinés que llegó de México”. En aquel lugar descubrió que el ritmo de la vida es el mismo que el del país donde había nacido, y que las balinesas jóvenes o viejas caminan con una dignidad y una elegancia que se iguala a la donosura que exhiben las tehuanas en su camino hacia el mercado o la fiesta.



Con base en observaciones y trabajos Covarrubias publicó en 1937 el libro *La isla de Bali*, además de un largometraje documental con el mismo título, obras que le dieron carta de naturalidad como antropólogo y lo convirtieron en héroe defensor de la cultura isleña entre sus amigos balineses.

Después de Bali y el Pacífico, Covarrubias tenía el deseo de regresar a México, pero antes de lograr este objetivo, se dio tiempo para ilustrar un par de docenas de libros y realizar seis murales de la cuenca del Pacífico para la ciudad de San Francisco, con los que inventó una nueva forma de representar la geografía, en donde lo que realmente le otorga sentido son las formas de la vida y el arte de los pueblos que la habitan.

Después de dos vueltas al mundo, Miguel regresó en 1940 para establecerse definitivamente. De México todo le llama la atención, pero el istmo de Tehuantepec, con sus múltiples pueblos indios, la pureza de sus costumbres y en espe-

cial sus mujeres lo seducen, en su libro él mismo cuenta:

Durante años he visitado el istmo de Tehuantepec, atraído por sus violentos contrastes: sus paisajes áridos junto a selvas exuberantes, el toque oriental de sus mercados, donde mujeres parlanchinas vestidas como aves tropicales hablan lenguajes tonales: el porte majestuoso y la elegancia de las tehuanas mientras caminan al mercado con donaire, o cuando bailan, descalzas, pero vestidas de magníficas sedas y adornadas con collares hechos de monedas de oro”.

En el libro *El sur de México*, publicado en 1946 y del cual también realizó un documental del mismo nombre, Miguel se muestra pleno, ha adquirido maestría en la metodología muy particular que ha desarrollado, y en este estudio despliega de forma exquisita su sensibilidad científica y el rigor artístico que domina para contarnos la historia, las raíces arqueológicas, la economía, las tradiciones, los vestidos, la música y las artes, pero sobre todo la admiración que siente por la dignidad con que estos pueblos preservan su forma de existencia.

En el istmo de Tehuantepec al igual que en Bali, nuevamente Covarrubias no es ajeno a lo que observa, participa, aprende y el proceso de aprendizaje lo emociona; exigente y sencillo se apropia de ese orgullo —del bueno— que sienten los zapotecas por su pueblo.

A lo largo de las décadas de los años cuarenta y cincuenta, Covarrubias desarrolló todo su potencial